

DOS CUENTOS DE EMILIA PARDO BAZÁN, RECUPERADOS DE LA PRENSA SANTANDERINA (1897-1898)

José Manuel González Herrán

José Ramón Saiz Viadero

Como es bien sabido, no todos los cuentos que Emilia Pardo Bazán escribió a lo largo de su dilatada carrera literaria se recogieron en las quince colecciones aparecidas entre 1885 y 1922 (*La Dama joven*, 1885; *Cuentos escogidos*, 1891; *Cuentos de Marineda*, 1892; *Cuentos nuevos*, 1894; *Arco iris*, 1895; *Cuentos de amor*, 1898; *Cuentos sacro-profano*s, 1899; *Un destripador de antaño*, 1900; *En tranvía*, 1901; *Cuentos de Navidad y Reyes. Cuentos de la patria. Cuentos antiguos*, 1902; *Lecciones de literatura*, 1906; *El fondo del alma*, 1907; *Sud-exprés*, 1909; *Cuentos trágicos*, 1912; *Cuentos de la tierra*, 1922); fuera de esos libros quedó más de un tercio de su amplia producción en tal género, dispersa (y en gran parte, olvidada) en periódicos, revistas, álbumes... En los últimos treinta y cinco años, gracias al esfuerzo de diversos investigadores (principalmente, Nelly Clémessy [1967-1968], y también Harry L. Kirby [1973], Juan Paredes Núñez [1979], Juliana Sinovas Maté [1996], Araceli Herrero Figueroa [1994 y 2004], Ángeles Quesada Novás [2002]), buena parte de esa amplia producción dispersa se ha ido recuperando, de modo que el inventario hoy disponible de los cuentos pardobazanianos supera ampliamente los seiscientos títulos: aproximadamente 400, recogidos por la autora en aquellas colecciones, y más de 200, entre los dispersos que se han ido recuperando y alguno hasta ahora inédito¹. A aquellos² añadimos otros dos relatos, encontrados por José Ramón Saiz Viadero (2001: 467-472) en los periódicos santanderinos *Sardinero alegre* (1897) y *Crónica de Santander* (1898).

Sardinero alegre era un semanario estival de intenciones satíricas, inclinado hacia la política y que, a partir de 1894, nacía en el mes de julio y fallecía ineludiblemente en septiembre, cuando el verano había agonizado y la vida en El Sardinero había perdido ya su brillantez; la última temporada fue la

¹ Por ahora, sólo dos: en Infantes 1988 y en González Herrán 1997.

² Y a los que en este mismo número de *La Tribuna* rescata Mar Novo Díaz.

correspondiente al año 1897, precisamente cuando se publicó el relato aquí recogido; lo dirigía el santoneés José Bravo, escritor especializado en literatura festiva, y contó inicialmente con la ayuda del prestigioso periodista José Estrañi. *Crónica de Santander* era un diario de información general, nacido en el mes de setiembre de 1898 y fallecido en agosto del año siguiente; en su escaso año de vida no consiguió competir con *El Cantábrico*, del citado Estrañi, como era su propósito inicial; su director y promotor era el sagastino Emilio Díez de los Ríos, quien en sus páginas guardaba siempre espacio para la información proclive a su tendencia política.

No fueron estos los únicos textos de la escritora coruñesa en ambos periódicos: en *Sardinero Alegre* había aparecido el 27 de junio de 1897 su cuento “Los dominós de encaje”³; y en *Crónica de Santander*, además del aquí recogido (“Un naufrago”), los titulados “La niña mártir” (20 de septiembre de 1898), “Suerte macabra” (7 de enero de 1899) y “El décimo” (11 de abril de 1899)⁴, el artículo “Campoamor y la mujer” (18 de febrero de 1899) y un fragmento de la novela *El Niño de Guzmán* (23 de abril de 1899). Esas ocasionales (acaso involuntarias) colaboraciones tampoco eran las primeras suyas en la prensa santanderina; cuatro años antes, cuando visitó por primera vez las tierras de lo que entonces se llamaba La Montaña (hoy Cantabria), con motivo de una cura de aguas en el balneario de Ontaneda, aprovechó su estancia para escribir una serie de artículos de viajes, “Desde la Montaña”, aparecidos en el madrileño *La Época* entre agosto-noviembre de 1894 y reproducidos, con escasas semanas de diferencia, en el santanderino *El Atlántico*⁵: ejemplo de esa inveterada costumbre en ciertos rotativos de cortos alcances y vida efímera, que mediante la utilización de la “diligente tijera” y de la goma arábiga, convertían en firmantes de sus columnas a escritores tan prestigiosos como lo era ya entonces doña Emilia. La cual –por otra parte– tenía antiguos vínculos con personajes tan significativos en la vida cántabra como Augusto González de Linares, José María de Pereda, Marcelino Menéndez Pelayo y Benito Pérez Galdós (cuyas vacaciones en Santander eran ya tan habituales como prolongadas); bien es verdad que, a las alturas de 1897-1898, aquellas relaciones ya no eran lo que habían sido... En todo caso, y aparte de las circunstancias comentadas, conviene advertir

³ Publicado tres meses antes en *El Regional*, de Lugo (13 de marzo de 1897), fue recuperado por Herrero Figueroa 1994: 145-149.

⁴ Recogidos en *Cuentos nuevos* (1894), *En tranvía* (1901) y *Arco iris* (1895), respectivamente.

⁵ Cfr. E. Pardo Bazán 1997.

que la presencia de nuestra escritora en esos periódicos provincianos no es un hecho excepcional: el cuidadoso repaso –aún pendiente– en los fondos de las hemerotecas españolas (e hispanoamericanas) permitiría comprobar que, ya desde 1886, su firma era una de las más habituales en la prensa periódica, y no sólo en la de Galicia, Madrid o Barcelona.

En cuanto a los dos cuentos aquí rescatados (cuyo comentario ha de quedar para otra ocasión), baste señalar su notable calidad: cualquier conocedor de la narrativa breve de la coruñesa reconocerá en ellos los rasgos más notables de su arte como cuentista, tanto en el interés de sus asuntos, como en la creación de personajes o en su habilidad para manejar el interés de las breves anécdotas. Reconocibles son también los temas de cada uno de ellos, que fácilmente podrían integrarse en determinadas series de la autora: “La ley del hombre”, como excelente ejemplo de *cuento de amor* (en este caso, más bien de *desamor*⁶); “Un náufrago”, como uno más de aquellos *cuentos de la patria*, teñidos por el desengaño del desastre noventayochista⁷.

⁶ Tomo el término de la tesis doctoral de Quesada Novás 2003 (inédita, aunque pronto se convertirá en una imprescindible monografía).

⁷ Cfr. González Herrán 1998: 139-153.

[I]

LA LEY DEL HOMBRE

Al desbaratarse el proyectado enlace entre María del Campo y Jacinto Sagrés -una boda tan bonita, tan igual por todos estilos, tan conveniente- los curiosos se perdieron en conjeturas, se despepitaron para adivinar la causa y no consiguieron averiguar ni jota. Hubo mil versiones, eso sí, pero gratuitas, destituidas de fundamento; y ni los criterios de la casa de María, ni los amigos de Sagrés, que le veían a horas, descubrieron la clave del enigma. Que no se había interpuesto otro amor para romper aquel lazo se demostró claramente por el hecho de que María entró monja dos años después, y Jacinto aún permanece soltero, y, al parecer, inconsolable.

La casualidad –o mejor dicho, la infidelidad de un ayuda de cámara, que robó a Segrés un cofrecillo creyendo que encerraba joyas, y despechado al ver que sólo contenía papeles sin valor, lo vendió por cuatro cuartos a un prendero- puso en mis manos dos cartas que me explicaron el misterio de la ruptura. Bajo promesa de que el lector no divulgará su contenido, las entrego a la letra de molde.

*Carta primera.
De Jacinto a María.*

“Te has soliviantado sin razón, mi bien, y aunque sabes que deseo complacerte en todo, en esto no me es posible. Ya me pesa de haberte contado esta tontería tan antigua y que tan olvidada debía estar; pero por tu afán de registrar mi pasado, saco a relucir las antiguallas del año de la nana, y vas tú y te recalientas la cabeza. ¿Qué quieres que haga un chiquillo como era yo entonces? Y después de todo, ¿qué hice de malo ni de extraordinario? Nos veíamos aquella muchacha y yo a cada momento, estábamos en la aldea, era tiempo de verano, vacaciones; a ella nadie la guarda, porque las aldeanitas no gastan institutriz, ni *dame de compagnie*, a mí no me sujetaba por entonces el respeto del mundo, ni ciertas ideas de formalidad y de corrección que le entran a uno después de los veinticinco, ni un entusiasmo grande por otra mujer como el que hoy siento por ti, nena ingrata... Seducir es una palabra muy gorda que usas tú porque no conoces el mundo ni sabes cómo viven los hombres... ¡gracias a Dios! ¡No te perdonaría yo que lo supieses!

Por tu mismo importancia (bendita sea) disculpo la extravagante exigencia de que ahora me entere, de lo que fue [de] aquella criaturita, y si... ¡Pues no

faltaría otra cosa! Ea, déjate de esos idealismos, que en medio de todo me hacen gracia, y prepárate a recibirme esta tarde con alegría y las monadas de siempre. No pienses más que en la felicidad que te espera al lado de tu - Jacinto.”

Carta segunda.
De María a Jacinto

“No vengas esta tarde, ni vengas más a esta casa, porque se ha roto nuestro proyectado casamiento. No pienso decir a nadie las razones y te aconsejo, y hasta te ruego, que hagas tú lo mismo: ¿para qué vamos a divulgar cosas que sólo a nosotros nos interesan? Además, que no entenderían mi conducta, y supondrían que te dejaba por celos de una historia añeja, de unos amoríos que tuviste allá cuando eras muy joven; yo pasaría por rara, tú por calavera, y lo que hay en el fondo de este pensar mío, no lo comprenderían: ni aun estoy segura de que lo comprenderás tú.

Te ríes de mí porque quiero que antes de casarte conmigo pagues tu deuda; que antes de entregarte a una mujer sepas si hay otra que por tu culpa sufre o está infamada, y hagas lo posible a fin de aliviar su suerte. Si esa es la ley de los hombres, síguela enhorabuena: yo soy mujer, y la ley tuya me parece terrible, y tú más aún, porque no has sabido quebrantarla ni siquiera por conservar el cariño de la que fue tu – María.”

El caso se me figura digno de pasar a la historia, y siempre que en A*** veo blanquear entre cipreses el campanario de convento de Carmelitas, consagro un pensamiento a Sor María, que no quiso acatar la ley del hombre.

Emilia PARDO BAZÁN

[*Sardinero alegre* (Santander), 4 de julio de 1897; pp. 8-9]

[2]

Nuestros cuentos

UN NÁUFRAGO

(De colaboración especial)

En el lindero del castañar, a orillas del camino real, sobre una piedra que por su forma parece un asiento diestramente labrado, se sitúa todas las tardes un mendigo; un viejo, que apoyando la barba en los puños y estos en la cayada del palo que le sirve de bastón, nos mira pasar y nada nos pide, únicamente cuando nos ve cerca descruza las manos, se lleva la diestra al abollado sombrero de copa alta, y nos hace un saludo ceremonioso y cortés.

Porque habéis de saber que ese mendigo no es ningún aldeano. Podría la mugrienta chistera, más rizada que un acordeón y más espeluznada que si hubiese presenciado un horrendo crimen, proceder de alguno de esos regalos irónicos que se hacen a los pobres, y que ellos –desventuradillos- no tienen más remedio que aceptar y usar; pero jamás se reduciría un hombre nacido en el surco, a mendigar de levita, pantalones, chaleco y camisola. El labriego pobre no pierde el derecho al harapo y abrigado cómodo, a la ropa que deja juego a los brazos y agilidad a las piernas. Este viejo de la linde del castañar, en su vida destripó terrones.

Así es que, cuando le llamáis para socorrerle, no os atreveríais a dejar caer en su extendida mano –una mano fina, larga, de corvas uñas- el perro grande que colma la ambición del labriego. Lo que la dais es, por lo menos, la pesetilla. Y al oír de labios del viejo una frase muy pulida y acalada, un “Mil gracias señora, quedo reconocidísimo a su bondad”, os entra una vergüenza muy grande, y quisierais haberos corrido con un duro, o poder llevar a vuestra casa al distinguido pordiosero, enjabonarle y sentarle a vuestra mesa, pues sentís en él a un igual vuestro, en lo único que realmente nivela a los hombres: la buena educación.

Aunque paséis cien veces por la carretera sin detener el coche para dar limosna al viejo, él os saludará con la misma afabilidad hidalga, sin dar muestra de impaciencia o de contrariedad.

Un día, mientras cruzáis con él pocas palabras acerca del tiempo y los achaques, miráis de soslayo su pelaje astroso, y distinguís en la que fue solapa y ya sólo es un jirón informe, algo un tiempo encarnado y ya blanquecino,

algo que parece cinta descolorida y deshilachada... Al ver la dirección de mis pupilas, el mendigo sonríe lleno de dignidad, y dice sencillamente:

-La Cruz Roja del Mérito Militar. La cinta está algo echadilla a perder... claro, el sol y la lluvia...

Sí, sí, ya sabía yo que el viejo había combatido antaño, allá en el África, en lid gloriosa, y por su desdicha, en las calles, detrás de la barricada... La primera etapa era la que le había valido la condecoración; la segunda por poco le cuesta el fusilamiento... Otros, recorriendo el mismo camino que él, habían llegado a elevadísimos puestos, a lucir los áureos entorchados y las resplandecientes placas, a sentarse en los escaños del Congreso y en los consejos de la corona...

Él, prófugo, acosado, rota su carrera, sin pan, mendigaba todos los días en la linde del hospital, y en enero el cierzo que azotaba los desnudos árboles del solitario camino, le enrojecía los párpados, le amorataba la nariz y le pasaba el pecho, mal abierto por los restos de una delgada camisa...

Y sin embargo, el mendigo no tenía amargura. Estaba resignado con su suerte, y los guiñapos sobre su torso, aún militarmente erguido, adquirían nobleza singular. Cuando le regalé una cinta nueva para su condecoración, sonrió complacido, alzó la cabeza aureolada de copiosos mechones grises, y dijo con su acostumbrado atildamiento:

-¡Ahora la usaré con doble satisfacción, reconocidísimo!

Emilia PARDO BAZÁN

[*Crónica de Santander. Diario independiente*, 21 de octubre de 1898, p. 2]

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

González Herrán, José Manuel (1997): "Un texto inédito de Pardo Bazán: ¿El cuento *La mina?*", J. M. González Herrán (ed.), *Estudios sobre Emilia Pardo Bazán. In memoriam Maurice Hemingway*, Santiago de Compostela, Universidade - Consorcio de Santiago, pp. 171-180.

González Herrán, José Manuel (1998): "Emilia Pardo Bazán ante el 98 (1896-1905)", L. Romero Tobar (ed.), *El camino hacia el 98. (Los escritores de la Restauración y la crisis del fin de siglo)*, Madrid, Fundación Duques de Soria-Editorial Visor, pp. 139-153

Herrero Figueroa, Araceli (1994): "Un relato carnavalesco de Emilia Pardo Bazán", *Lenguaje y textos*, 5, pp. 145-149.

Herrero Figueroa, Araceli (2004): *Estudios sobre Emilia Pardo Bazán e recopilación de dispersos*, Lugo, Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Lugo.

Infantes, Víctor (1988) "'Desheredado', un cuento inédito de Emilia Pardo Bazán", *Lucanor*, 2, pp. 111-121.

Legal [Clémessy], Nelly (1967-1968): *Emilia Pardo Bazán. Contes perdus et retrouvés*, Thèse présentée et publiquement soutenue devant la Faculté des Lettres et Sciences humaines, Université de Montpellier [inédita].

Pardo Bazán, Emilia (1973): *Obras Completas*. Tomo III. *Cuentos / Crítica literaria*, edición de H. L. Kirby Jr., Madrid, Aguilar.

Pardo Bazán, Emilia (1997): *Desde la Montaña [de Por la España pintoresca]*, edición de J. M. González Herrán y J. R. Saiz Viadero, Santander, Tantín.

Paredes Núñez, Juan (1979): *Los cuentos de Emilia Pardo Bazán*, Granada, Universidad de Granada.

Quesada Novás, Ángeles (2002): "Los Reyes Magos de Emilia Pardo Bazán", *Moenia*, 8, pp. 103-112.

Quesada Novás, Ángeles (2003): *Los cuentos de amor y de desamor de Emilia Pardo Bazán*, Tesis doctoral presentada en la Universidad de Santiago de Compostela en enero de 2003 [inédita].

Saiz Viadero, José Ramón (2001): "Dos poemas de Emilia Pardo Bazán y noticia de otras colaboraciones literarias suyas en la prensa santanderina de finales del s. XIX y comienzos del XX", *Anuario Brigantino*, 24, pp. 467-472.

Sinovas Mate, Juliana (1996): *Nuevos cuentos recopilados de Emilia Pardo Bazán*, Burceo, Berceo.